

LA PRIMERA EXPLORACIÓN DEL PACÍFICO Y EL ASENTAMIENTO ESPAÑOL EN FILIPINAS

ANTONIO GARCÍA ABÁSULO

El tema a tratar comprende todo el siglo XVI, desde los preparativos de la expedición de Fernando Magallanes al Maluco, hasta la consolidación del asentamiento español en Filipinas, considerando, como en efecto podemos hacer, que a fines del siglo XVI ya se había producido esa consolidación. En este amplio período podemos distinguir dos grandes apartados. Partiendo del establecimiento difícil, pero rápido, del camino de ida, el primero consistiría en la búsqueda del camino de vuelta, una empresa no sólo difícil, sino también muy cara, tanto por el tiempo que necesitó como por la inversión de recursos materiales y humanos que fue necesario emplear. En tiempo se extiende desde 1519 hasta 1565. El segundo apartado es el estudio propio de los inicios de la colonización de Filipinas; en tiempo, desde 1565 hasta el final del siglo XVI.

1. MEDIO SIGLO INTENTANDO REGRESAR

Tratar de la búsqueda del tornaviaje equivale a trasladar la atención de España a Oriente. Tenemos que considerar las expediciones a la Especiería viendo lo que aportaron no tanto en llegar, sino en su esfuerzo por regresar. ¿Por qué esta inversión? Porque el asentamiento español en Oriente dependió por completo del descubrimiento del camino de vuelta del Pacífico hacia América. En el proceso de búsqueda hay una división marcada por el Tratado de Zaragoza de 1529, por el que Carlos I vendió a Portugal los derechos de España a las Molucas. Las expediciones anteriores al Tratado de Zaragoza tuvieron como objetivo final las Molucas; para las posteriores el objetivo fue encontrar un asentamiento propicio, que terminó siendo Filipinas. Antes y después del Tratado de Zaragoza, el objetivo permanente fue la búsqueda

del camino de regreso por el Pacífico. Es bueno tener en cuenta que los años veinte del siglo XVI fueron años revolucionarios, en parte en la tierra, por la comprobación de su esfericidad con la primera circunnavegación de Elcano, y en parte también en el cielo, porque en 1529 Nicolás Copérnico terminó su obra fundamental *Los movimientos de los cuerpos celestes*, en la cual exponía su teoría heliocéntrica y los movimientos de rotación y traslación de la Tierra.

Expediciones al área de la especiería

Anteriores a 1529:

Desde España:

Magallanes-Elcano

García Jofre de Loaisa-Elcano

Desde Nueva España:

Alvaro de Saavedra Cerón

Posteriores a 1529:

Desde Nueva España:

Hernando de Grujalva

Ruy López de Villalobos

Miguel López de Legazpi-Urdaneta

Antes de 1529 se organizaron desde España dos expediciones: la de Magallanes-Elcano y la de García Jofre de Loaisa, Elcano y Urdaneta. Desde el Virreinato de Nueva España una, la de Alvaro de Saavedra Cerón. Después de 1529, la actividad organizadora perteneció al Virreinato de Nueva España, con tres expediciones: las de Hernando de Grijalva, Ruy López de Villalobos y la definitiva de Miguel López de Legazpi. Vamos a centrar nuestra atención en las derrotas de los intentos de regreso que se pueden trazar sobre el Pacífico, a partir de las informaciones que los pilotos de esas expediciones proporcionaron.

Expedición Magallanes-Elcano. Intento de regreso de Gómez de Espinosa. En la expedición Magallanes-Elcano (1520-1521), dos navíos intentaron dos formas de regresar. Es muy popular el regreso de Elcano con la *Victoria* por Buena Esperanza, pero mucho menos el intento de Gómez de Espinosa con la *Trinidad* para cruzar el Pacífico. Fue una navegación muy penosa que terminó en fracaso después de seis meses de esfuerzo; salieron 50 hombres y regresaron menos de 20 (Ilustración n.º 1). Pero si la contemplamos en el proceso de búsqueda de la vuelta del Pacífico, no fue completamente inútil: fue la investigación de una parte del océano en la dirección que seguirían muchos años después los galeones de Manila y

que alcanzó hasta los 42 grados de latitud Norte. En las Molucas, los supervivientes negociaron su vuelta a España con los portugueses, algo que se repetiría durante bastantes años.

Expedición de García Jofre de Loaisa. La llegada de la *Trinidad* a España y la venta de las especies de sus bodegas —clavo de las Molucas especialmente— agilizaron la continuidad de la experiencia oriental española. En 1525 se organizó la expedición de García Jofre de Loaisa, ya en plena carrera con los portugueses por ganar posiciones en la Especiería, que era el nombre habitual con el que eran conocidas las Molucas. Con Loaisa iban Elcano y Urdaneta, y sus objetivos eran culminar el proyecto colombino y establecer el comercio de especias con España. Para la organización de esa nueva ruta mercantil se había creado la Casa de la Especiería en La Coruña. El proyecto fue de gran envergadura y en consecuencia se dispusieron 450 hombres repartidos en siete barcos. Llegaron a las Molucas 105 hombres en un barco. Su objetivo era hacer un asentamiento, y a eso se dedicaron hasta que les llegó la noticia de que Carlos I había vendido los derechos a esas islas que tan caras estaban costado en vidas. Aquí terminaba el intento de establecer una ruta entre España y el Maluco; el futuro sería la expansión hacia el Pacífico del Virreinato mexicano.

Expedición de Alvaro de Saavedra. La tercera expedición anterior a 1529 fue la de Alvaro de Saavedra (1527-1529), que se organizó para buscar noticias de los hombres de Loaisa y rescatarlos. También para buscar tierras donde se produjeran especias, llevar muestras para su aclimatación en Nueva España, y trazar la ruta de regreso. Carlos I se la encomendó a Hernán Cortés, que preparó una flota de tres barcos y 100 hombres al mando de Alvaro de Saavedra Cerón. Sólo un barco, el *Florida*, llegó a las Molucas en una navegación de cinco meses. Saavedra había recogido en el camino a varios supervivientes de la expedición de Loaisa, pero en las Molucas comprendió que, mientras no se consiguiera un enlace regular con Nueva España, los españoles podían hacer poco frente a los portugueses, que tenían un fuerte en Ternate desde 1522 y estaban bien asistidos desde Malaca (Ilustración n.º 2). Saavedra intentó regresar dos veces por la misma ruta, una en 1528 y otra en 1529; en la segunda llegó a la altura de las islas Hawai (26°), en donde murió. El *Florida* siguió un poco más al norte, pero tuvo que regresar a las Molucas a fines de 1529, después de siete meses de viaje. Cuando recibieron la noticia del Tratado de Zaragoza, acordaron con los portugueses el regreso a España por Buena Esperanza.

Expedición de Hernando de Grijalva. (Ilustración n.º 3). Cortés organizó otra expedición para ayudar a Francisco Pizarro, cercado en Perú por Manco Capac, el último Inca. Es dudoso que Grijalva llevara instrucciones complementarias para intentar descubrir una ruta a la Especiería por

el Pacífico Sur, pero eso fue lo que hizo con un solo barco. Estuvo navegando ocho o diez meses sin escalas ni avistamientos de tierra, en uno de los viajes más largos hechos hasta entonces. Grijalva acabó asesinado por una tripulación desesperada. Llegaron a explorar parte del norte de Nueva Guinea, antes de quedar en manos de los portugueses en las Molucas.

Expedición de Ruy López de Villalobos. La expedición de Ruy López de Villalobos (1542-1546) fue en su origen una empresa gestionada por Pedro de Alvarado con la Corona española, pero cuando se le concedió ya había muerto en la Guerra del Mixtón, contra los indios chichimecas del norte de México. La asumió el primer virrey de México, Antonio de Mendoza, que puso al frente a Ruy López de Villalobos con seis barcos y casi 400 hombres, entre gente de guerra, de mar y de religión. Era la expedición más grande organizada en Nueva España para buscar un asentamiento en la Especiería. Salieron en 1542 y llegaron a Mindanao y, desde ahí, avanzaron hacia el norte, dentro de Filipinas.

En las instrucciones del virrey Antonio de Mendoza, la más importante era que una de las naves regresara para descubrir el camino de vuelta: Villalobos lo intentó dos veces (Ilustración n.º 4). Una encomendada a Bernardo de Torre, que salió desde la isla de Sámar hacia el norte en 1543, pero fracasó y tuvo que regresar a Filipinas. Otra por el sur (Ilustración n.º 5), encomendada a Iñigo Ortiz de Retes, que tocó en Nueva Guinea e igualmente tuvo que regresar a las Molucas, en donde se habían concentrado todos los hombres de Villalobos. De nuevo fue necesario concertar con los portugueses el regreso, aunque Villalobos murió en Amboina, asistido por San Francisco Javier.

Imagen del Pacífico en el siglo XVI. Recuperando la consideración hecha en los inicios, es decir, que estos esfuerzos se pueden ver como operaciones de estrategia ecuménica en función del conocimiento del mundo, creo que es momento de recordar algunas ideas geográficas de la época. En los mapas, la imagen de Nueva Guinea, cuya costa norte fue muy frecuentada por los españoles, como hemos visto, figura como parte de un continente por descubrir; tomamos como muestra una carta holandesa de las Molucas, de comienzos del siglo XVII, en la que están representadas también las especias en lugar destacado (Ilustración n.º 6). Se concebía la existencia de un enorme continente austral, tal y como aparece en uno de los tratados de geografía más reconocidos de entonces: el *Theatrum orbis terrarum* de Abraham Ortelio. La imagen utilizada aquí corresponde a la edición de 1588 (Ilustración n.º 7).

Por otra parte, todos los navegantes de las expediciones anteriores a Legazpi habían tenido en la cabeza un Océano Pacífico bastante más pequeño que la realidad. A pesar de las referencias de los que habían inten-

tado sin éxito realizar el tornaviaje y tuvieron que volver a España por la vía portuguesa, permaneció en las mentes un error de estimación de aproximadamente 500 leguas: creían que para cruzar el Pacífico habría que recorrer 1500 leguas, 500 menos de la realidad. Los mapas también reflejaban este error; nuevamente tomamos como referencia una imagen del *Theatrum orbis terrarum*, en su edición de 1584, en la que es manifiesta la cercanía entre California y Japón (Ilustración n.º 8).

Estas concepciones geográficas muestran hasta qué punto los protagonistas de estas expediciones estaban siendo pioneros de la transformación del conocimiento del Pacífico, especialmente los pilotos que progresivamente fueron mistrando al mundo la realidad a través de las derrotas de sus barcos. Sería un camino largo, porque hasta el siglo XVIII no se planificó una actividad sistemática de exploración del océano que mostró su auténtica configuración, con los trabajos de Cook, La Perouse y tantos marinos de la Armada española, y, desde luego, con medios técnicos más precisos.

Expedición de Miguel López de Legazpi. Regreso de Andrés de Urdaneta. Vamos ahora a analizar la expedición definitiva en el proceso de descubrimiento del tornaviaje del Pacífico, es decir, la expedición de Miguel López de Legazpi y Andrés de Urdaneta. El elemento fundamental de la expedición fue Andrés de Urdaneta, un agustino de 52 años, al que Felipe II metió en la empresa por su experiencia en la armada de Loaisa (1526) y por haber estado ocho años en las Molucas. Había vuelto a México con Alvarado, para pilotar el viaje que preparaba y que hizo Villalobos. El mismo Felipe II dejó bien claro el objetivo de la empresa: «lo principal que en esta jornada se pretende es saber la vuelta, pues la ida se sabe que se hace en breve tiempo». Otras cuestiones señaladas en las instrucciones de Legazpi fueron: buen trato y amistad con los naturales, estudiar sus modos de vida, religión, comercio y relaciones con otros pueblos; examinar las riquezas, la calidad de los puertos, el precio de los productos y rescates, las posibilidades de hacer población, recuperar los naufragos de las expediciones anteriores, información sobre la expansión de los portugueses, elaboración de derrotas, registro de corrientes, vientos, distancias y latitudes, guardar el secreto de la vuelta del Poniente.

Con Miguel López de Legazpi fueron 380 hombres, entre los cuales había 200 soldados y cinco religiosos agustinos. La flota se preparó en el Puerto Navidad y el destino fue Filipinas, a pesar de que Urdaneta había recomendado Nueva Guinea. Llevaba mercancías y productos para comerciar (rescate) comprados en México; de manera que se remataba el proyecto de Colón de enlazar con la Especiería, pero al estilo de Cortés; es decir, conectando la Especiería no con España, sino con México. Her-

nán Cortés pensaba en una gran provincia que conseguiría gran parte de sus recursos del comercio con Oriente, y decía de sí mismo que se estaba transformando en un mercader. En buena medida este proyecto se cumplió: la armada de Legazpi fue el comienzo de esos intercambios de productos y de personas que abrieron una ruta cultural de más de tres siglos de duración, que ha dejado su poso más firme en Filipinas, México y España.

Legazpi siguió la derrota marcada por Ruy López de Villalobos, rumbo oeste entre los 9 y 10 grados, con buenas jornadas de entre 30 y 35 leguas diarias. El único incidente de importancia fue el apartamiento de la armada del patache *San Lucas*, comandado por Alonso de Arellano y pilotado por el mulato vecino de Ayamonte Lope Martín. Arellano fue el que hizo por primera vez el tornaviaje, siguiendo una derrota más al norte que la seguida por Urdaneta.

El *San Lucas* llegó a la isla de Mindanao, y después Arellano puso rumbo al norte. En el relato del regreso, y antes de llegar a los 40° Norte, Arellano se refiere al frío reinante y a la vista de mamíferos de aguas frías, más o menos engrandecidos por su imaginación. La vida a bordo se había hecho difícil por la escasez de alimentos, y se hizo menos soportable aún a causa del intenso frío y la falta de ropa de abrigo. La tripulación y los ratones se peleaban por la comida: cuenta Arellano que mataban varias docenas de ratas cada noche, aunque no especifica que las comieran. Pigafetta, el cronista de la expedición de Magallanes, narra que, en el cruce del Pacífico, en los momentos de peores hambres, se compraban las ratas a medio ducado, y más que hubiera se hubieran vendido. En el viaje de Arellano llegó un momento en el que, como en la carta náutica que llevaban no aparecía más mar al Norte, el piloto Lope Martín puso rumbo al este hasta tocar las costas de California y, desde ahí, bordearon hasta Navidad. Arellano regresó a México y después fue a España, esperando recibir el premio correspondiente al descubrimiento del tornaviaje; pero fue remitido a Filipinas para que lo juzgase Legazpi, como general de la flota de la que se separó. Cuando llegó a Manila Legazpi ya había muerto.

En cuanto a Legazpi, después de una breve estancia en las Marianas, entró en Filipinas por la isla de Sámar y siguió hasta recalar en Cebú el 27 de abril de 1565. Allí estableció el primer asentamiento al que puso el nombre de San Miguel. Encontraron la imagen del Santo Niño, y apareció un indio mexicano llamado Juan, náufrago de la expedición de Villalobos, que llevaba veinte años como esclavo.

Desde Cebú salió la nao *San Pedro* para hacer el regreso el 1 de junio de 1565, con 200 hombres, Urdaneta como piloto y Felipe de Salcedo como capitán. Urdaneta puso rumbo al norte hasta encontrar la corriente

de Kuro Shivo, que le llevó hasta las costas de California; después, siguiendo la Corriente de California, llegó a Acapulco el 8 de octubre de 1565, después de 130 días de navegación. No fue un viaje fácil, como tampoco lo fueron en lo sucesivo y hasta 1815 los del Galeón de Manila por la ruta que Urdaneta acababa de inaugurar. (Ilustración n.º 9).

En 1697 lo definió Gemelli Carreri, después de haber superado la prueba: *El viaje desde las Islas Filipinas hasta América puede considerarse el más largo y terrible del mundo, tanto porque hay que cruzar, con el viento siempre en contra, un océano que es casi la mitad del globo terráqueo, como por las tremendas tempestades que allí se desatan, una tras otra, y por las graves enfermedades que atacan a las personas que navegan durante seis o siete meses en el mar, teniendo que soportar temperaturas a veces frías, a cálidas, o templadas, lo cual basta para destruir a un hombre de acero, y sobra para destruir a uno de carne y hueso, no muy bien alimentado en alta mar.*

Desde Cebú, Legazpi continuó el asentamiento en Filipinas con una novedad fundamental: el descubrimiento de la Vuelta del Poniente permitió establecer la imprescindible asistencia regular desde Nueva España. Entre 1566 y 1570 llegaron refuerzos y suministros en cuatro viajes, y en el último llegaron además las primeras disposiciones oficiales para Filipinas, con poderes que permitieron a Legazpi fundar ciudades, repartir indios, y establecer la primera organización como gobernador efectivo de Filipinas, con el título de Adelantado de Las Marianas.

La asistencia regular permitió a Legazpi resistir la presión portuguesa y avanzar en el reconocimiento de las islas. Pasó a Panay en 1569; desde Panay a Mindoro en 1570, y desde Mindoro a Luzón en 1571, siempre con la ayuda eficaz de Juan de Salcedo y de Martín de Goyti. Cuando en 1570 recibió la capacidad de fundar ciudades, Legazpi transformó la villa de San Miguel en la ciudad del Santo Nombre de Jesús y puso al mando a Guido de Lavezares. En 1571 fundó Manila en el lugar que habían pacificado al sur de Luzón Juan de Salcedo y Martín de Goyti. A fin de agosto de 1572 fondearon en la Bahía de Manila, por primera vez, dos barcos procedentes de Acapulco (Ilustración n.º 10).

2. LOS INICIOS DE LA COLONIZACIÓN DE FILIPINAS

El período es tan rico en acontecimientos importantes que también en este segundo apartado es preciso hacer una selección de temas. He optado por escoger los que me parece que definen mejor la presencia española en Filipinas como una colonización original, diversa de la americana

pero recogiendo su experiencia. Son la formación de Filipinas como un Estado misionero y la consolidación de Manila como plaza fuerte y como sede fundamental de una comunidad española, siempre reducida, cuya principal fuente de recursos fue el comercio de productos chinos.

Filipinas, un Estado misionero. La importancia de la labor ejercida por los eclesiásticos en la cristianización y civilización del imperio ultramarino español es incuestionable. Durante casi todo el siglo XVI, los religiosos hicieron la labor misional; después, como consecuencia de la aplicación de las medidas del Concilio de Trento, fueron siendo sustituidos por el clero secular, pero tan lentamente que su influencia permaneció inalterada hasta muy avanzada la colonización. En el caso de la evangelización de Filipinas, la labor de los frailes tuvo características todavía más especiales, que marcaron la historia del país. Responden a las también especiales circunstancias que dominaron en la colonización de las islas. En primer lugar, al hecho de que los frailes fueron la población permanente de las islas, el apoyo constante de la autoridad española. El resto de los españoles de Filipinas se concentraron en Manila y algunas ciudades más, muy pocas realmente y mucho menos pobladas que la capital. Como los frailes fueron los que más penetraron en el archipiélago, fue natural que asumieran con frecuencia funciones administrativas y que simbolizaran la autoridad del Gobierno de Manila. En consecuencia, la aprobación de los frailes resultaba imprescindible para cualquier empresa que ese gobierno pretendiera llevar a cabo en las comunidades que los religiosos adoctrinaban. En definitiva, las autoridades coloniales se percataron de que la continuidad de la hegemonía española en Filipinas dependía estrechamente de la autoridad y prestigio de los religiosos.

Esta situación se entiende mejor si se contempla desde la experiencia de la evangelización de México, en donde los religiosos, abanderados por los franciscanos, concibieron el proyecto de evangelizar, civilizar y dirigir una especie de Estado misionero, en el que no fuera precisa más que una representación mínima de españoles laicos para el comercio y el gobierno. La Corona española no admitió una pretensión tan descabellada, pero, en muchos sentidos, esto fue lo que las circunstancias terminaron imponiendo en Filipinas.

Como había sucedido en América, también en Filipinas los frailes tomaron bajo su cargo el cumplimiento de las normas éticas y políticas en la etapa del asentamiento, como protectores oficiales de los indígenas. En particular, la actuación de los agustinos en Filipinas fue tan contundente, que su repercusión en Nueva España planteó serios problemas para la colonización del archipiélago, porque produjo un ambiente refractario a la atracción de soldados y pobladores. En 1574, antes de que hubiera transcurrido una década desde la llegada de Legazpi, el agustino Diego de Herrera viajó a España para exponer ante Felipe II los abusos que se estaban

cometiendo en Filipinas. Es interesante señalar que, a su paso por México, encontró el apoyo decidido de los dominicos, probablemente alarmados ante el peligro de que en Filipinas se pudieran generar episodios similares a los que tanto habían luchado para eliminar en América.

No se puede olvidar que el dominio español en Oriente se inauguró cuando en América los métodos de colonización y misión habían adquirido una notable estabilidad, tras ser sometidos a serias y profundas revisiones. Precisamente en las fechas en que Diego de Herrera viajaba hacia España, acababan de ser promulgadas las Ordenanzas de nuevos descubrimientos y poblaciones, como resultado de aquel largo y laborioso proceso autocrítico. Los frailes se encargaron de que estas Ordenanzas fueran escrupulosamente cumplidas en Filipinas, y denunciaron de manera implacable las transgresiones durante los años finales del siglo XVI. La intransigencia de los frailes amenazó la misma continuidad de la presencia española en las islas, porque no parecía posible aplicar estrictamente algunos de los puntos de aquellas ordenanzas, que habían sido hechas con la experiencia americana.

Los frailes utilizaron con frecuencia armas tan contundentes, en un mundo impregnado por la fe, como la negación de la absolución para los que incumplieran las leyes que protegían a los filipinos. Por su parte, las autoridades coloniales se dirigieron con frecuencia a la Corona para manifestar la gran preocupación que esta actitud producía en la comunidad española. Es evidente que tuvo consecuencias negativas para la llegada de pobladores, porque hacía el efecto de una especie de propaganda anticolonial que, a su vez, protegía los deseos de los religiosos de conseguir realizar su Estado misionero.

Es preciso contemplar estos problemas a la luz de las difíciles circunstancias que vivieron las Filipinas hasta conseguir una fórmula económica viable. Durante la mayor parte de su historia, las islas dependieron de las ayudas que se enviaron desde México, pero en los años del siglo XVI la dependencia económica fue aún más estricta, porque Filipinas no consiguió los recursos en especias que se habían esperado y porque fue necesario tiempo para normalizar el comercio con China. La realidad fue que la economía de Filipinas no se adaptó del mismo modo que la americana a la situación colonial. En el proceso hasta encontrar un modelo abundaron los episodios de presiones de encomenderos desesperados sobre indígenas desconcertados, de manera que, en último término, la lucha entre frailes y encomenderos fue una etapa crítica que Filipinas tuvo que atravesar hasta que consiguió definir su propia fórmula colonial.

La consolidación de Manila como plaza fuerte y como sede principal de la comunidad española. La comunidad española de Manila tuvo que vivir permanentemente con tres problemas graves derivados de su triple con-

dición: era una comunidad extraordinariamente exótica desde el punto de vista étnico, una comunidad de población española escasa e inestable, y una comunidad, en fin, que tuvo grandes problemas de adaptación al medio natural. Podemos decir que Manila vivió amenazada por los elementos humanos y naturales de dentro y de fuera, y que tuvo que demandar constantemente pobladores para asegurar su continuidad.

La población española de Filipinas se concentró en el área de Manila y constituyó siempre el grupo racial minoritario, dentro de un abigarramiento étnico que convirtió a la ciudad en la más exótica de todo el Imperio colonial español. Probablemente fue uno de los experimentos más originales de convivencia multiétnica, dentro del mundo conocido por los occidentales. En Manila había filipinos, chinos, japoneses, españoles europeos y españoles americanos, indígenas americanos y negros; no vivieron completamente juntos, pero sí habitualmente cercanos y frecuentemente enfrentados (Ilustración n.º 11).

Hasta que la ciudad de Manila se consolidó, pasaron años de indefinición que incidieron en el comportamiento de la comunidad. El primer núcleo dirigente fue el de los conquistadores encomenderos, pero sin la transcendencia histórica que tuvo en el escenario americano. El poblador español de Manila fue, sobre todo, un comerciante, un hombre de negocios inversor en el comercio de productos orientales entre Filipinas y Nueva España. Para asegurar la presencia española, la Corona concedió a los vecinos de Manila el derecho a participar en la carga de los galeones de la carrera de Acapulco; y ese fue el único estímulo que realmente sirvió de atracción de pobladores.

Siempre estuvieron presentes en la ciudad los grupos constituidos por la administración de gobierno y el clero, así como un grupo de militares y gente de mar, elementos indispensables en una ciudad que siempre tuvo como función principal la de ser plaza fuerte portuaria. Esta condición marcó también sus características urbanas como una ciudad amurallada, con la protección natural de una magnífica bahía (Ilustración n.º 12).

Estas variantes de pobladores, siempre en cantidad reducida, se definieron muy pronto como características. Antonio de Morga hizo una clasificación a fin del XVI que, en lo esencial, permaneció inalterada hasta el final del dominio español. Estimaba que había en Filipinas alrededor de ocho mil españoles, que distribuía en cinco categorías: Funcionarios civiles, encargados del gobierno y administración; Soldados enviados compulsivamente desde Nueva España; Encomenderos muy pobres; Comerciantes prósperos; Eclesiásticos abundantes.

En realidad, ninguno de estos grupos responde con plenitud a lo que normalmente se entiende por un poblador permanente, y esto fue una lacra cons-

tante de la ciudad. En los primeros años de la presencia española en Filipinas no se vio claro si la Corona consideraba Filipinas como asiento definitivo, o como plataforma de expansión hacia el continente asiático. Los eclesiásticos y conquistadores pensaron durante mucho tiempo que Filipinas era lugar de paso para entrar en China; de hecho, misiones de frailes y soldados realizaron varias embajadas y recogieron abundante información (Ilustración n.º 13). Conviene recordar que la imagen de China en la Europa de entonces tuvo mucho de las obras de dos españoles, Juan González de Mendoza y Bernardino de Escalante, hasta el punto de que parte de la descripción de Escalante fue incorporada por Abraham Ortelius en la primera edición española del *Theatrum Orbis Terrarum*, obra de gran difusión publicada en Amberes en 1588. Aunque sea difícil de entender, los religiosos tuvieron una seguridad casi física en que era posible la conquista espiritual y material del imperio chino. Sólo desde la perspectiva de una fe inmovible se entiende la ingente labor realizada desde Filipinas por los misioneros de las órdenes religiosas en el Sudeste asiático, en donde muchos se dejaron la vida como mártires. Fue una cristianización con una vertiente cultural muy importante, que todavía no se ha valorado de manera sistemática.

Resultan sorprendentes las aspiraciones de los conquistadores, los señores de la guerra, asombrosamente seguros de su capacidad para conquistar China con una limitación de recursos y unas apreciaciones de conjunto que parecen ahora ridículas. Quizás se puedan entender si consideramos que pudieron situar la conquista de China en la línea de continuidad de las grandes hazañas americanas de la primera mitad del siglo XVI, que todavía estaban vivas en la memoria.

En todo caso, cuando se consolidó la situación colonial, los miembros de la administración y los profesionales de las armas fueron a Filipinas con la intención de cubrir las etapas correspondientes de su *cursus honorum* y promocionarse en América y en España lo más pronto posible. Por eso, en último término, los mercaderes terminaron siendo los auténticos dominadores del pulso real de Manila; en el comercio estaban la riqueza y el poder para unos pocos y la posibilidad de vivir establemente para todos. Manila quedó así definida como un enclave occidental en un mundo oriental, sostenido por los intercambios con México. En 1593 se estableció el monopolio del comercio con China a favor de los vecinos de Manila: podrían enviar mercancías sólo al puerto de Acapulco y por un importe anual no superior a 250.000 pesos retornables en plata. Tenían derecho a carga los vecinos de la ciudad que hubieran residido en Manila al menos durante diez años, porque los privilegios del comercio estaban dirigidos a procurar el reclamo para futuros pobladores de la ciudad. Representantes de mercaderes mexicanos canalizaban inversiones procedentes del virreinato, y los mani-

leños de menos medios podían recurrir a préstamos de los grandes comerciantes o de las órdenes religiosas. De todas formas, conviene dejar sentado que el Galeón de Manila fue mucho más que una línea comercial (Ilustración n.º 14), aunque como línea comercial resultara un negocio fabuloso. Gemelli Carrieri, un italiano que viajó desde Manila a Acapulco en 1697, hace referencias a ganancias entre 150 y 200% para los mercaderes y del 9% para los agentes; de ordinario se aceptaban préstamos al 50% con la seguridad de que se obtendrían beneficios (Ilustración n.º 15).

Por último, Manila fue una ciudad de pocos vecinos, por eso su continuidad dependió siempre de nuevas remesas de pobladores. Los años finales del siglo XVI se hicieron los mayores esfuerzos por llevar grandes contingentes de españoles, en grupos familiares, en los que hubiera toda la variedad de oficios que necesitaba una comunidad. Se llegaron a pedir indios mexicanos que, para esas fechas, ya se habían mostrado hábiles en el arte de aprender los oficios que los españoles habían introducido en el virreinato de Nueva España (Ilustración n.º 16). De todas formas, en Manila terminaron por abundar los artesanos; unos magníficos artesanos de la comunidad china de Manila, que paulatinamente fue haciéndose con el control de los servicios y del abastecimiento de la comunidad española. Se estableció así una relación de interdependencia, porque también los chinos necesitaban vender sus productos a los españoles para el comercio del galeón. Pero fue una relación de interdependencia difícil, que no siempre se mantuvo en niveles de equilibrio pacífico.

Además, los españoles que llegaban a Manila tenían grandes dificultades para adaptarse a un medio natural hostil y desconocido. Hubo en Manila una serie de factores que actuaron permanentemente, y que hicieron de la ciudad, y de Filipinas en general, un destino poco deseable para los pobladores potenciales españoles y mexicanos. Por otra parte, para esos posibles pobladores españoles siempre estuvieron a menor distancia, tanto en la realidad como en el horizonte de sus esperanzas, las grandes y espectacularmente ricas provincias americanas.

Un inconveniente era la distancia. Cuando las cartas de los españoles de Filipinas llegaban a sus ciudades y pueblos de origen con noticias y avisos del envío de dinero y objetos, la apreciación que se hacía de Filipinas era el resultado de una mezcla extraña, difícil de entender para nosotros ahora. Se componía de la cercanía afectiva de tener un familiar allí, y de ser un dominio español; pero también de la lejanía inmensa de lo que los europeos habían considerado siempre la otra parte del mundo, un lugar fascinante pero también enigmático.

Una vez en Filipinas había que hacer frente a unas manifestaciones espectaculares de las fuerzas de la naturaleza, desconocidas para los espa-

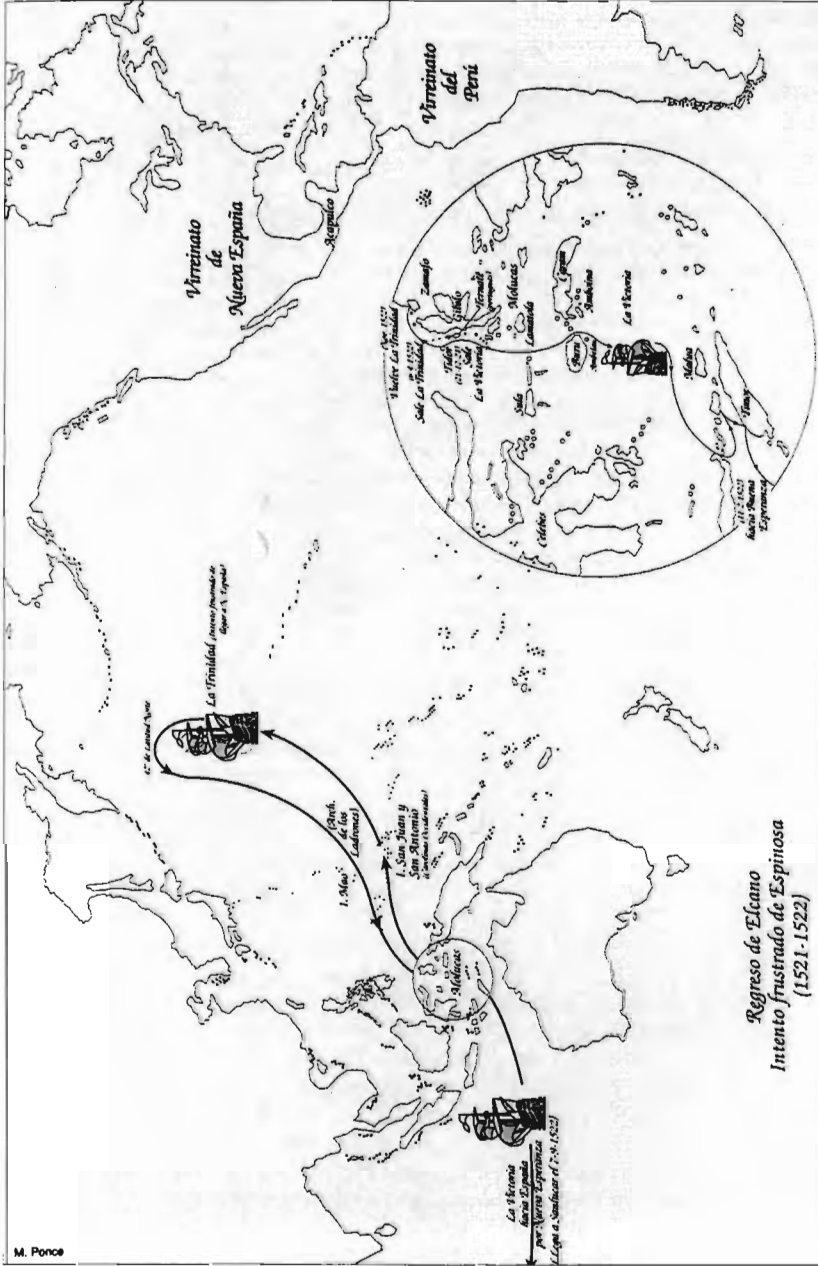


Ilustración n.º 1

Primer intento de regreso. Gómezz de Espinosa (1521-1522) (Historia General de Filipinas, dirigida por L. Cabrero, AECI, Madrid, 2000, pág. 142.

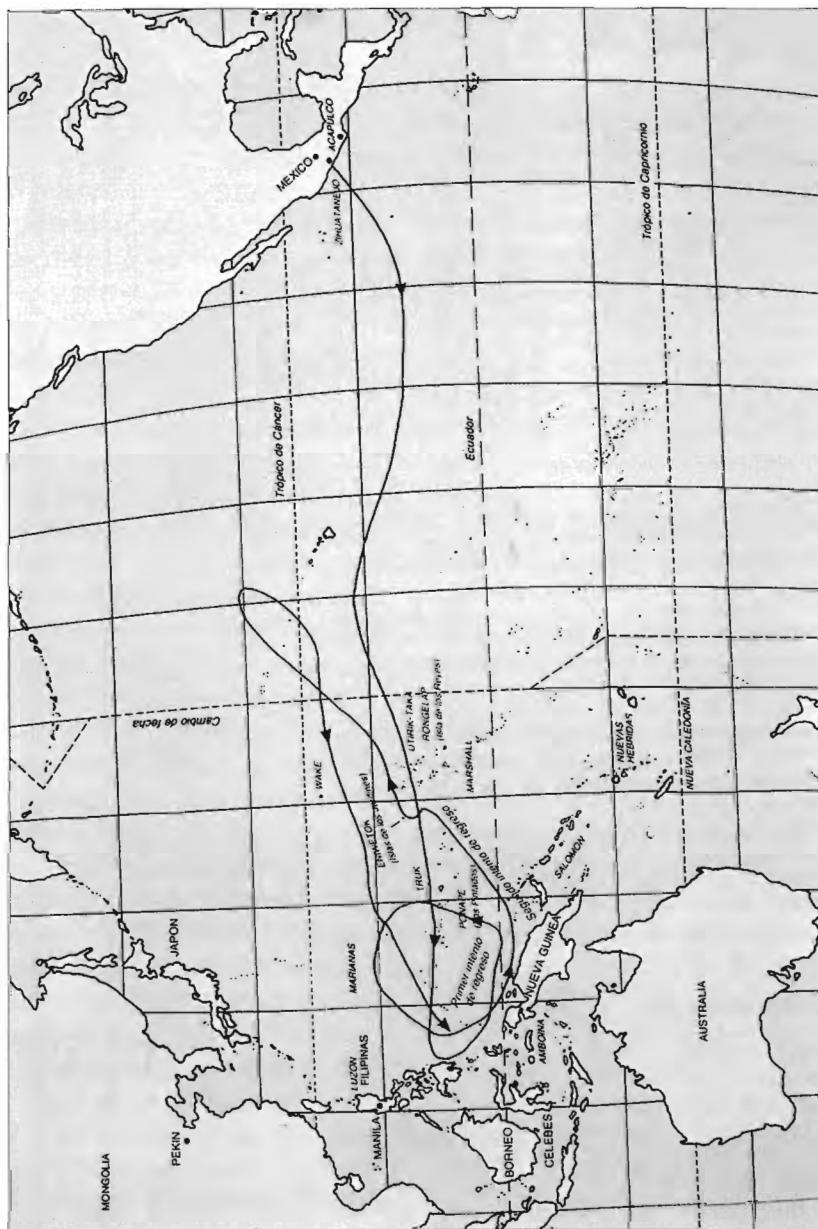


Ilustración n.º 2

Intentos de regreso de Álvaro de Saavedra (1528-1529) (El Pacífico español de Magallanes a Mataspina. Madrid, 1988, pág. 49).

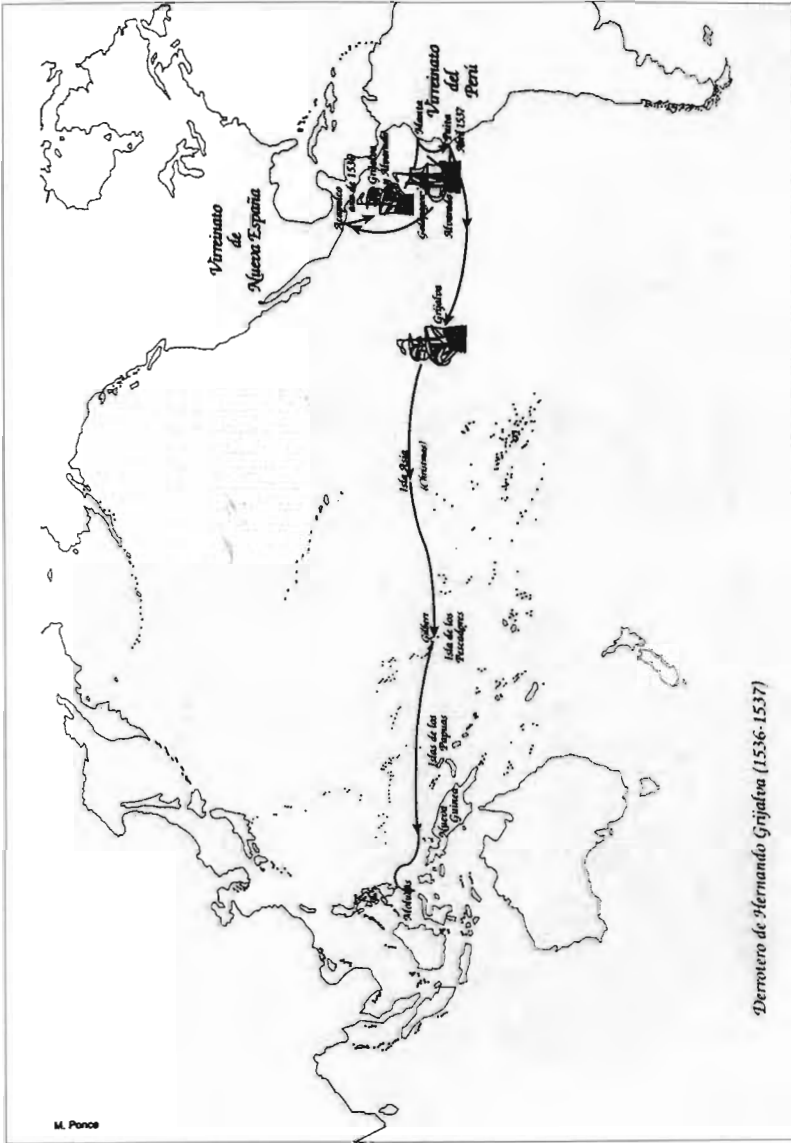


Ilustración n.º 3
Expedición de Hernando de Grijalva (1537) (Historia General de Filipinas, pág. 154).

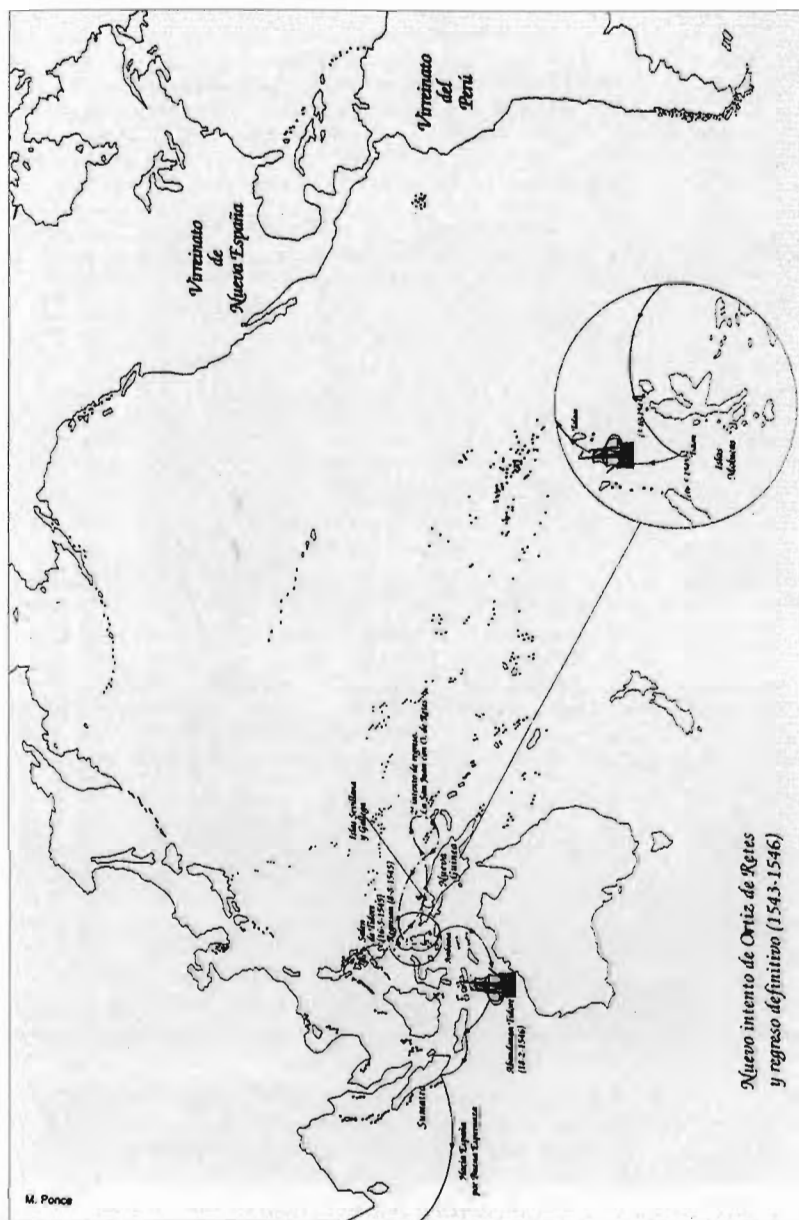


Ilustración n.º 5
Intento de regreso de Inigo Ortiz de Reta (1543-1546) (Historia General de Filipinas, pág. 158).

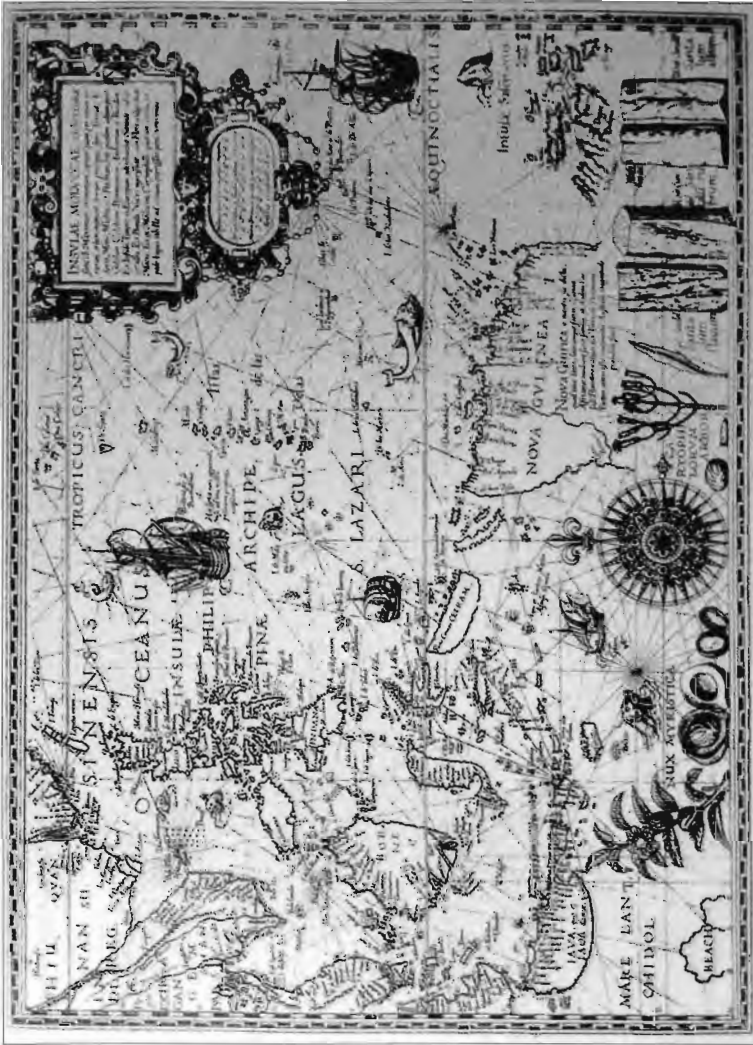


Ilustración n.º 6

Carta holandesa con Nueva Guinea formando parte de un continente austral desconocido. Destaca la presencia de las especias dibujadas en la carta (Amancio Landín. *Descubrimientos españoles del Mar del Sur*. Madrid, 1991, Tomo II, pag. 369).

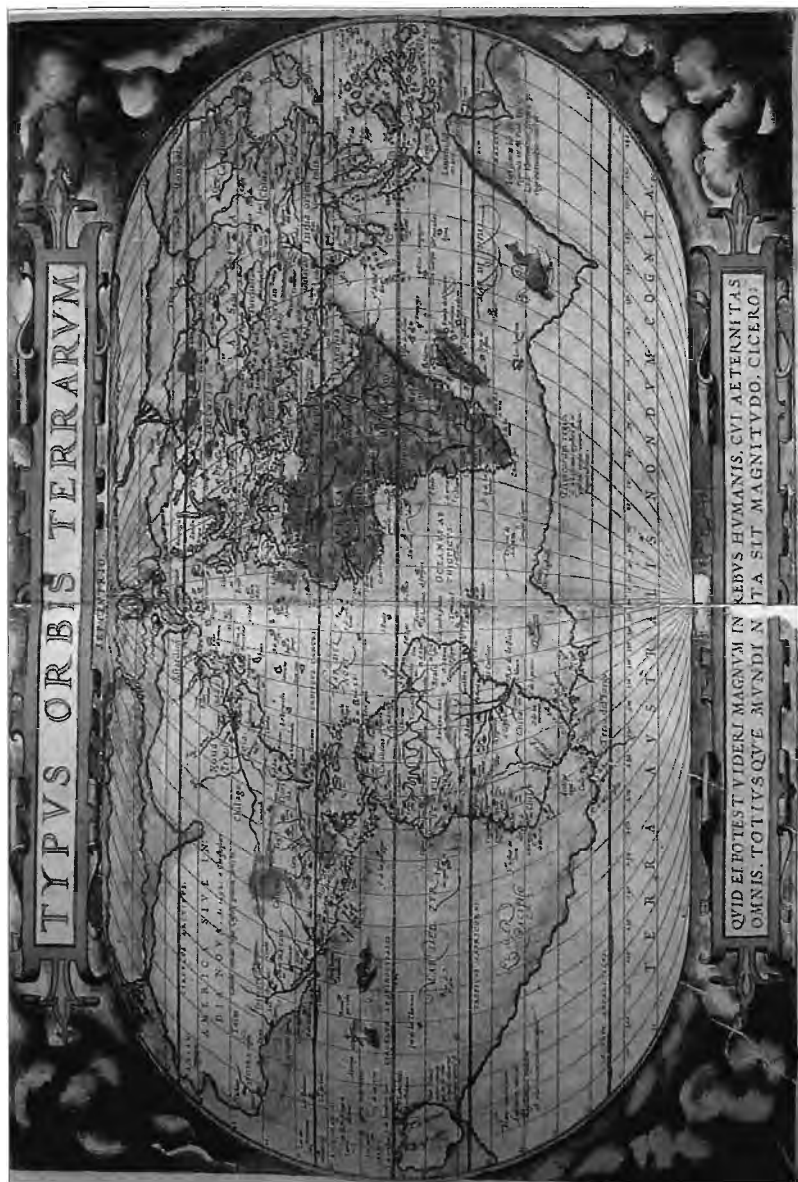


Ilustración n.º 7

La imagen del mundo según Abraham Ortelio. Con un imaginado continente austral (Typus Orbis terrarum, 1579. Servicio Geográfico del Ejército).



Ilustración n.º 8

Cercanía de California y Japón según el *Theatrum Orbis terrarum* (Amancio Landín. *Descubrimientos españoles del Mar del Sur*. Madrid, 1991, Tomo I, pág 225).

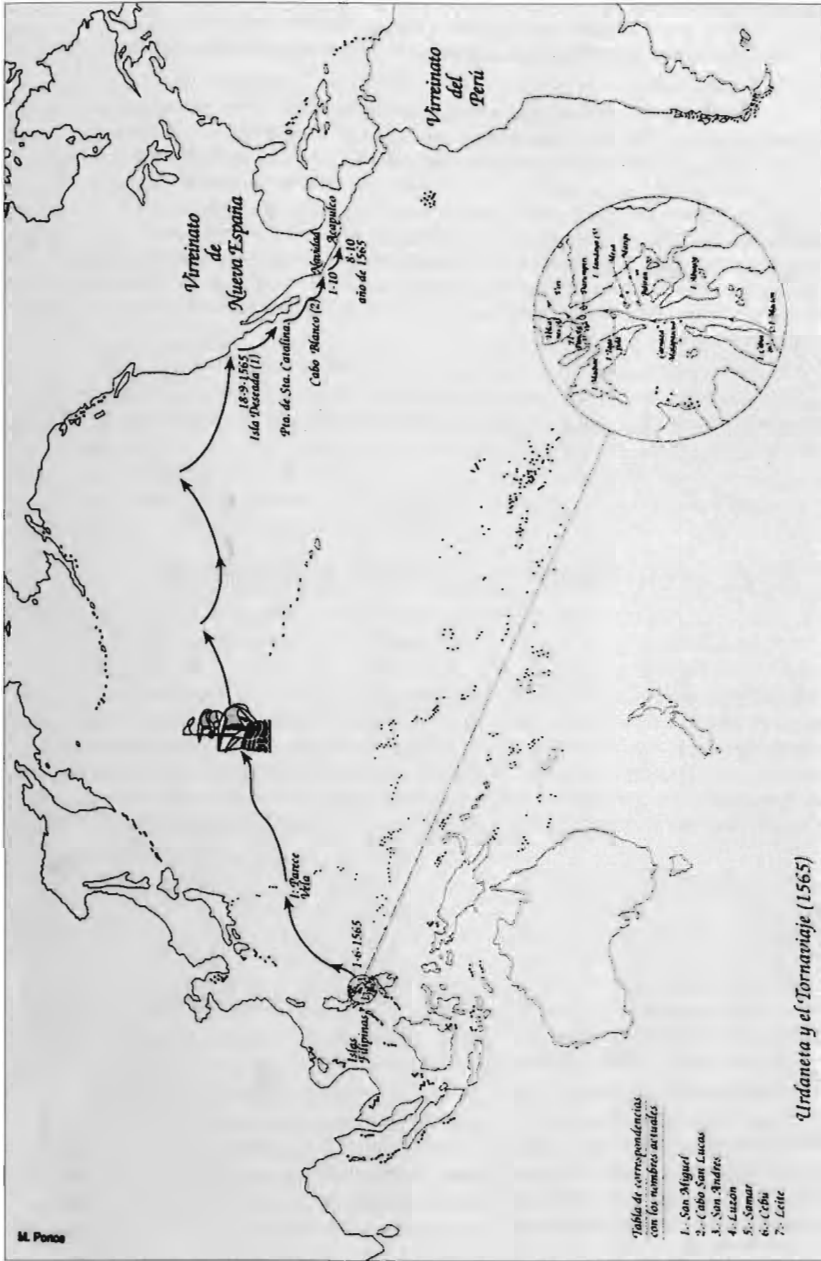


Ilustración n.º 9

La ruta para regresar. Andrés de Urdaneta (1565) (Historia General de Filipinas, pág 175).

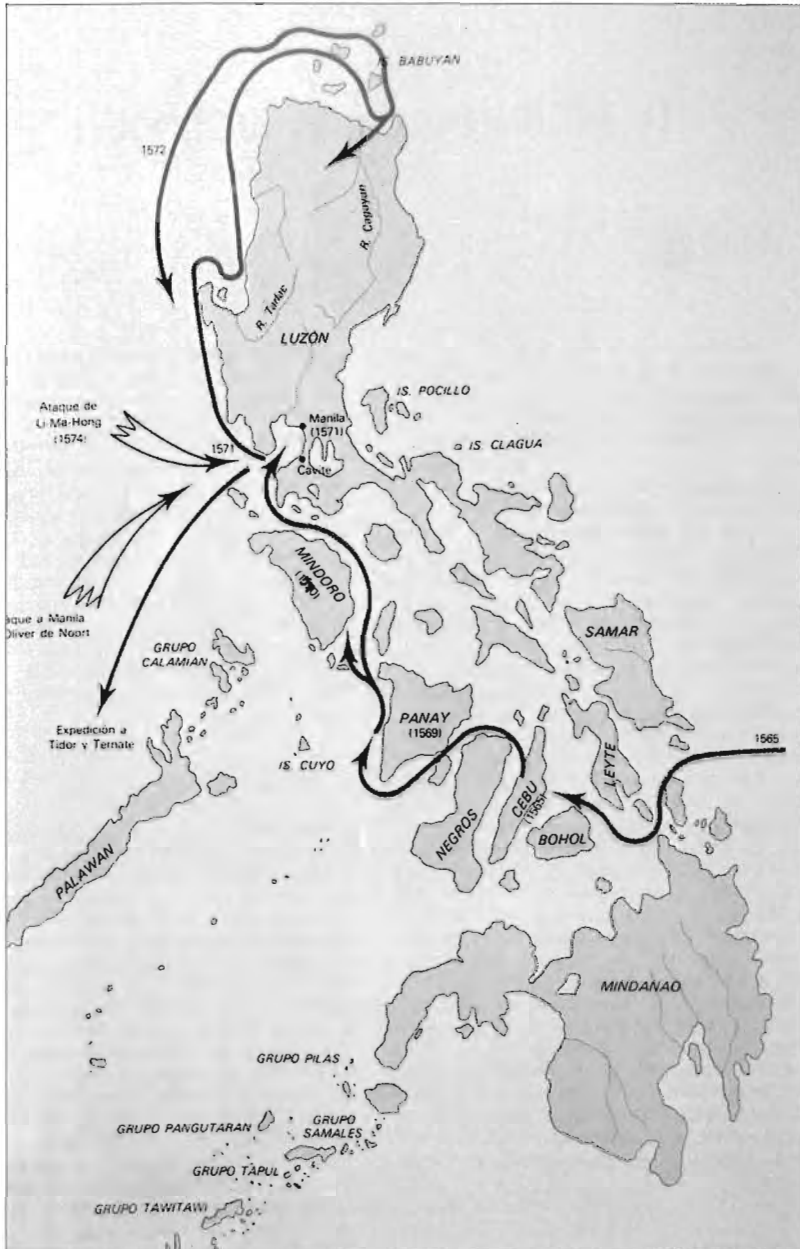


Ilustración n.º 10

Recorrido de Legazpi desde Sámar a Manila. Expedición fundadora M.^o Lourdes Díaz-Trechuelo. «Filipinas en el siglo XVI». *Historia General de España y América*, Tomo VII, Madrid, 1982, pág 564).



Ilustración n.º 11

Primera imagen conocida de Manila, pintada en el interior de la tapa de un arcón. Primer tercio del siglo XVII. Colección Museo Julio Bello y González, Puebla (Miguel Angel Fernández. *La Nao de China*, México, 1998, pág 24).

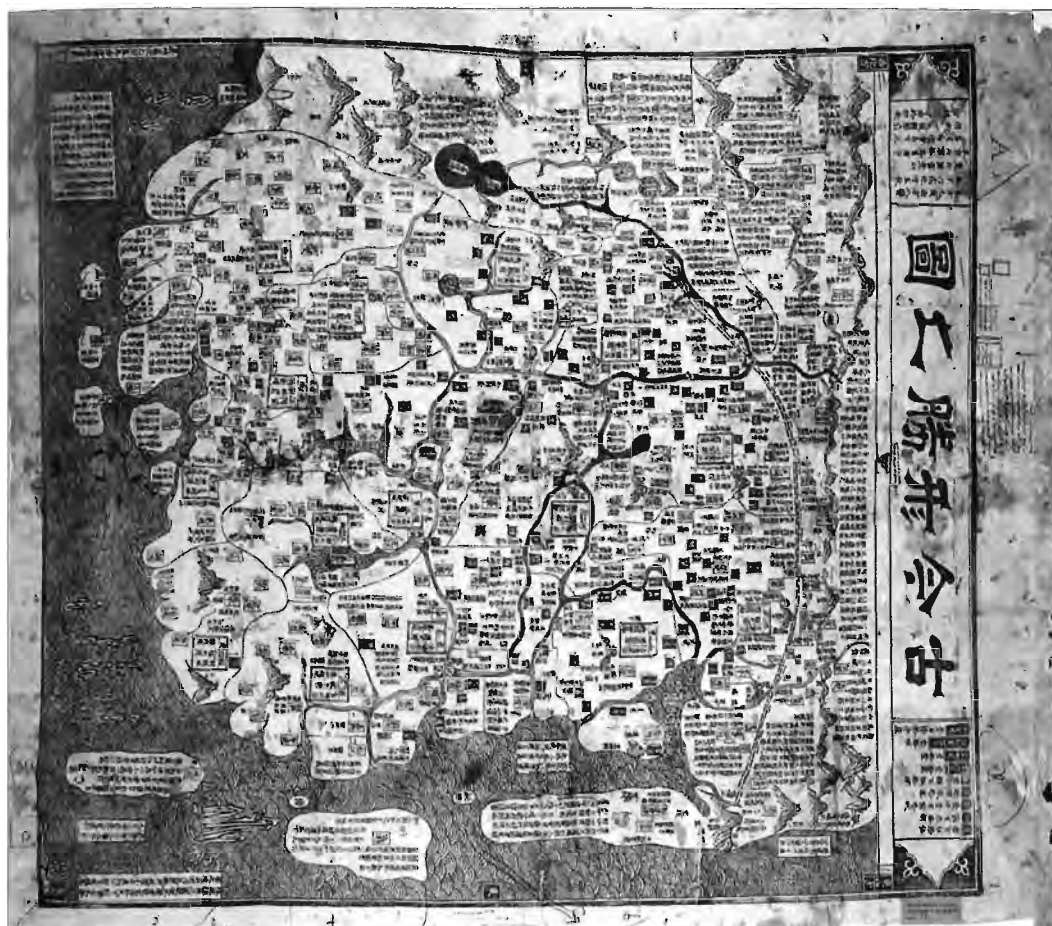


Ilustración n.º 13

Mapa de China. Grabado en madera, coloreado en verde y rojo. Con una relación del contenido de una carta que se envió a Felipe II, traducida por intérpretes chinos y un fraile agustino. Enviada a España en julio de 1574 por el gobernador Guido de Lavezares, sucesor de Legazpi. Está fechado en 1555. El mapa contiene explicaciones históricas en chino y anotaciones posteriores en español que transcriben nombres de lugares y notas históricas. AGI, MP, Filipinas, 5.



Ilustración n.º 14

Azulejo de Puebla de los Angeles de fines del siglo XVIII con el dibujo de un sirviente chino. Siglo XVIII. Colección Museo Julio Bello y González, Puebla (Miguel Angel Fernández. *La Nao de China*, México, 1998, pág 127).

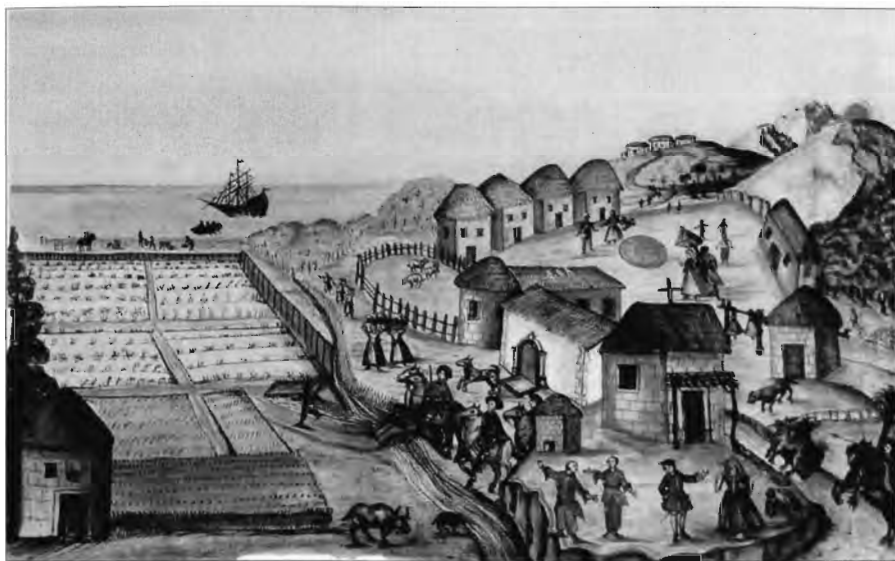


Ilustración n.º 15

Vista de la misión jesuita de Santiago de los Coras (California), con el Galeón de Manila al fondo, anclado a sus puertas. Pintada por el padre Ignacio Tirsch, 1761. Biblioteca Estatal de Praga (*La Nao de China*, pág 46).

Ilustración n.º 16
 Artesanos llevados por
 Gonzalo Ronquillo
 a Filipinas en 1578,
 según contrato
 acordado
 con la Corona.

<i>Albañiles</i>	3	<i>Escritores de libros</i>	1
<i>Barberos</i>	3	<i>Labradores</i>	14
<i>Boneteros</i>	1	<i>Libreros</i>	1
<i>Boticarios</i>	1	<i>Molineros</i>	1
<i>Calceiros</i>	3	<i>Confiteros</i>	1
<i>Carteros</i>	1	<i>Sastres</i>	4
<i>Carpinteros</i>	3	<i>Tejedores</i>	1
<i>Cerrajeros</i>	1	<i>Basureros</i>	2
<i>Cuchilleros</i>	2	<i>Zapateros</i>	1

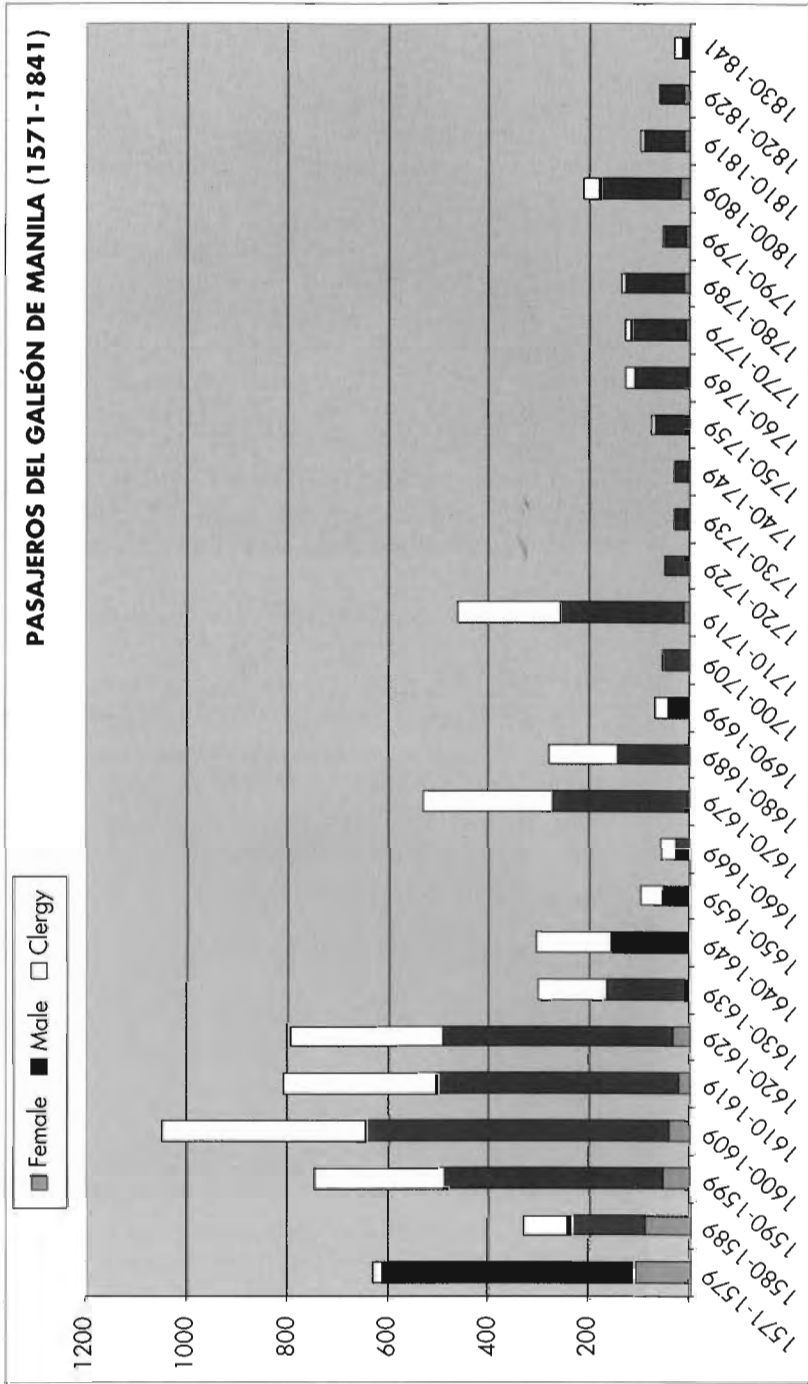


Ilustración n.º 17
Movimiento de pasajeros España-Filipinas entre 1575 y 1841.

ños, o al menos las desconocían con esa intensidad y frecuencia. Terremotos, incendios, huracanes y aguaceros se repetían con una persistencia difícilmente soportable, de manera que fue necesario poner en marcha mecanismos de adaptación. En general, los dos grandes enemigos de Manila, fuego y terremotos, influyeron de modo opuesto en su arquitectura: mientras que el fuego inclinaba a construir edificios de piedra, los terremotos hacían aconsejable el empleo de caña, nipa (palma autóctona) y madera. Al final desarrollaron una arquitectura que combinaba ambos materiales. Y tan duros eran los efectos de las fuerzas de la naturaleza en la tierra como en el mar: muchos españoles y mexicanos que habían superado meses de navegación del Atlántico, del Pacífico, o de los dos océanos juntos, acabaron sus días a las puertas de Manila, en el fondo de unas aguas muy complicadas de navegar.

A esa naturaleza hostil y extraña se unieron otros elementos, teóricamente más dominables, pero prácticamente irresolubles durante mucho tiempo. Entre ellos es preciso destacar las dificultades de adaptación a una dieta desconocida, la escasez de médicos, boticarios y medicinas; y las amenazas potenciales internas, representadas por los levantamientos de los chinos de Manila, y externas, alternativamente protagonizadas por moros del sur, chinos, holandeses e ingleses.

La falta de médicos y medicinas aparece a menudo en la documentación como una de las causas del gran número de muertes que se producían en la comunidad de Manila. Las quejas dirigidas contra los virreyes de México fueron constantes durante los siglos XVI y XVII, porque no enviaban suficientes medicinas. En 1621 había más de 100 enfermos en los dos hospitales de españoles de Manila. Sería interesante poder contar con más datos para valorar estadísticamente la incidencia de las enfermedades en la población occidental de Filipinas, porque los datos no estadísticos son muy alarmantes. Un ejemplo: en 1616 un regidor de la ciudad informó que, de los cuatro mil hombres que había llevado a las islas el gobernador Juan de Silva, en siete años habían muerto dos mil quinientos.

En cuanto a los enemigos de fuera, entre 1580 y 1640 Filipinas se vio implicada en la rivalidad luso-holandesa por las Molucas y la Especiería. Fue una época de envío de socorros periódicos de soldados españoles y mexicanos a las Molucas, para apoyar los intentos portugueses de apoderarse de Ternate. Desde el ataque de Oliver de Noort a las puertas de Manila en 1600, la amenaza holandesa fue permanente durante todo el siglo XVII. Por tanto, no debe extrañar que, ante tanta adversidad, las remesas de gente que llegaban en los galeones de la carrera de Acapulco no fueran grandes nunca. No hubo una implantación suficiente de familias y sí muchos solteros, que permanecían en su estado a pesar de los esfuerzos de las

autoridades por casarlos. Y tampoco puede extrañar que las circunstancias de difícil adaptación de los europeos y americanos en Filipinas se tradujeran en una fertilidad muy baja, entre los escasos matrimonios asentados.

Las disposiciones promulgadas durante los siglos XVI y XVII se ocuparon con frecuencia del fomento del poblamiento español en Filipinas. Aparte de los esfuerzos realizados en la propia España, la Corona pidió a los virreyes de México que enviaran pobladores y soldados a Filipinas en todos los galeones que salieran de Acapulco hacia Manila. A veces tampoco lo tuvieron fácil los virreyes. El gobernador Hurtado de Corcuera se quejó de que el virrey Marqués de Cadereyta le enviaba niños indios y mestizos de entre diez y catorce años, en lugar de pobladores provechosos (Ilustración n.º 17).

Los datos no estadísticos también se refieren al descenso de las llegadas de españoles en esos años. En 1634 se negó autorización para fundar el segundo convento de monjas de Manila, porque —decía el Cabildo de Manila—: *No es conveniente que en república tan corta y tierra tan nueva haya tantos conventos de monjas (...), pues los hijos de los vecinos de aquella ciudad no tienen con quien poderse casar, y en particular ahora que no van como solían familias de Nueva España a hacer vecindad en aquellas islas*. Por otra parte, los gobernadores de Filipinas recibieron la orden de restringir la concesión de licencias para abandonar las islas, de manera que queda clara la preocupación por el mantenimiento de la comunidad española de Filipinas.

Se podría concluir diciendo que, en la historia del primer medio siglo largo del dominio español en Oriente, Filipinas se había consolidado como una posición de frontera de la que dependieron importantes objetivos estratégicos. Pero se había conseguido superando desgracias de todo tipo, que privaron a Filipinas de los socorros humanos y financieros que necesitaba, e incluso llegaron a hacer que se plantease reiteradamente la alternativa de abandonarlas. Si no se hizo fue por la firme convicción de que España tenía un único dominio ultramarino que no se podía desmembrar: un solo imperio español con dos partes, las Indias de Occidente y las Indias de Oriente.

BIBLIOGRAFÍA

ADUARTE, Diego de (OP), *Historia de la Provincia del Santo Rosario de Filipinas, Japón y China del Sagrado Orden de Predicadores. Primera Parte*. Manila, en el Colegio de Santo Tomás, 1640.

ALVA RODRÍGUEZ, Inmaculada, *Vida municipal en Manila*. Córdoba, 1997.

ARCILLA, José (SJ), *An Introduction to Philippine History*. Manila, 4.ª ed., 1994.

- CORPUZ, O. D., *The Roots of the Filipino Nation*. 2 vols., Manila, 1989.
- CUNNINGHAM, Charles Henry, *The Audiencia in the spanish colonies. As illustrated by the Audiencia of Manila (1593-1800)*. Berkeley, 1919. Reprinted, Milwood, New York, 1974.
- CUSHNER, Nicholas (SJ), *Spain in the Philippines. From conquest to revolution*. Manila, 1971.
- CHING-HO, Choen, *The Chinese Community in the Sixteenth Century Philippines*. Tokio, 1969.
- DÍAZ-TRECHUELO, Lourdes, «La conexión entre el Atlántico y el Pacífico hasta fray Andrés de Urdaneta», *Anuario de Estudios Americanos* (XXV-1968), pp. 507-532.
- «Consecuencias y problemas derivados del Tratado en la Expansión Oriental», *El Tratado de Tordesillas y su Epoca*, Valladolid-Lisboa, 1995, pp. 1519-1539.
- HEADLEY, John M., «Spain's Asian Presence, 1565-1590. Structures and Aspirations», *Hispanic American Historical Review*, 75/4 (noviembre 1995), pp. 623-646.
- GARCÍA-ABÁSULO, Antonio, «El poblamiento español de Filipinas 1571-1599». En *España y el Pacífico*, Ed. Antonio García-Abásulo, Ministerio de Asuntos Exteriores, Córdoba, 1997.
- «Formación de las Indias Orientales españolas. Filipinas en el siglo XVI». *Historia de Filipinas*, Coordinador Leoncio Cabrero, Madrid, 2000, pp. 170-205.
- GRIJALVA, Juan de, *Crónica de la Orden de Nuestro Padre Señor San Agustín en las Provincias de la Nueva España. En cuatro edades, desde el año de 1533 hasta el de 1592*. México, 1826.
- HIDALGO NUCHERA, Patricio, *Encomienda, trabajo y tributo en Filipinas*. Madrid, 1995.
- MORGA, Antonio de, *Sucesos de las Islas Filipinas*. Ed. De W.E. Retana, Madrid, 1909.
- OLLÉ, Manel, *La invención de China. Percepciones y estrategias filipinas respecto a China durante el siglo XVI*. Harrassowitz-Verlag, Wiesbaden, 2000.
- PHELAN, John L., *The hispanización of the Philippines: Spanish aims and Filipino responses 1565-1700*. Madison, 1959.
- PORRAS, José Luis, *Sínodo de Manila de 1582*. Madrid, 1988.
- SCHURZ, William, *The Manila Galleon*. New York, 1959.